

temas tan interesantes como: las relaciones fácticas obispo-Romano Pontífice (*Carta XXI*, p. 110) y la figura del Papa (*Ibid.*, p. 112); la validez de los sacramentos (*Carta XXXVI*, p. 144-146); historia del ministro de la Confirmación (*Ibid.*); la perfección de los cuerpos gloriosos (*Carta XLII*, p. 156-158); la Eucaristía (*Ibid.*, p. 160); etc. Esto demuestra la importancia del Epistolario y, a la par, el interés de esta nueva edición que, como hemos dejado dicho, no obstante los reparos que hemos formulado, es un paso más, importante, en el conocimiento del pensamiento de San Braulio.

PRO G. ALVES DE SOUSA

José Ignacio SARANYANA, *Joaquín de Fiore y Tomás de Aquino. Historia doctrinal de una polémica*, con la colaboración de Ignacio BROSÁ y Francisco CALOGERO, Pamplona, Ed. Universidad de Navarra (Colección "Teológica", n. 22), 1979, 174 pp., 15 × 24.

He aquí un libro, breve en extensión, que puede ser propuesto como verdadero modelo de monografía histórico-doctrinal: su tema está claramente definido, el plan es sencillo y racional, la documentación adecuada y suficiente, la exposición, concreta y matizada, y su lectura amena e interesante.

En él se analiza y explica la reacción de Santo Tomás de Aquino frente a la concepción de la Teología de la Historia propuesta en el siglo XII por el monje calabrés Joaquín de Fiore. Pero, bien entendido que entre este último y el Doctor Angélico se sitúan las polémicas parisinas de 1254-1259, en las que las posiciones del Abad Florense estuvieron implicadas e incluso deformadas. Por todo ello, y a tenor de los hechos, la obra que analizamos quedó configurada en forma de tríptico: Joaquín, las polémicas parisinas, Tomás de Aquino.

Después de haber enmarcado históricamente la persona y la producción literaria del Abad Joaquín (capítulo I), el autor —que es Profesor de Historia de la Teología Medieval en la Universidad de Navarra— recuerda las condenas póstumas que alcanzaron a las doctrinas joaquínistas (Letrán IV y Concilio de Arlés). Y, al mismo tiempo, y sin traicionar el desarrollo cronológico de los hechos, procura aclarar los puntos históricos oscuros: ¿Fue Joaquín triteísta? ¿Fue él personalmente autor del opúsculo *De unitate*?

La polémica parisina sobre la "época del Espíritu Santo" (capítulo II), anunciada por el Calabrés en sus escritos, se insertó en la célebre querrela entre los maestros seculares y los mendicantes en la Universidad de París. En 1254, el franciscano Gerardo de Borgo San Donnino puso en circulación anónimamente el *Liber introductorius in*

*Evangelium aeternum*, hoy perdido, en el que presentaba al público universitario una versión absolutamente radicalizada de las ideas de Joaquín, sosteniendo que la "edad del Espíritu Santo" habría ya comenzado con San Francisco y la Orden de los Frailes Menores. Frente a tal libelo reaccionaron en primer lugar los maestros seculares y luego los Papas Inocencio IV y Alejandro IV, que condenaron el *Liber* de Gerardo. En 1256, Guillermo del Santo Amor, tomando ocasión del *Liber* ya proscrito, atacó violentamente a los Mendicantes en su panfleto *De periculis novissimorum temporum*, inaugurando la controversia eclesiológica que desplazó las discusiones escatológicas de sabor joaquinista. También Guillermo fue condenado por el entonces Papa Alejandro IV, en octubre de 1256.

Tomás de Aquino llegó a París, procedente de Colonia, en 1252, y allí permaneció hasta 1259. Fue, pues, testigo cualificado e interesado de los acontecimientos de 1254 (primera polémica) y de los de 1256 (segunda polémica). La discusión escatológica apenas duró un año (1254-1255) y el Aquinatense no se dedicó expresamente a refutar las tesis de Gerardo. La querrela eclesiológica, por el contrario, tuvo larga duración y el Santo Doctor intervino contradiciendo las tesis de Guillermo del Santo Amor, en un opúsculo polémico y de circunstancias, titulado *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*. Por consiguiente, sólo espigando en el conjunto de la obra tomasiana, es decir, recogiendo las alusiones esporádicas al joaquinismo, puede descubrirse su pensamiento sobre las teorías escatológicas del monje calabrés. El Angélico habló de él siempre con respeto, como también con respeto y consideración le había tratado, a pesar de la condena, el Concilio Lateranense IV. Pero su amabilidad y el cuidado de las formas no estaban reñidos con un respeto todavía mayor por la verdad. Por ello Santo Tomás se negó a reconocer que Joaquín fuese un profeta y consideró que sus predicciones eran simples conjeturas humanas, en parte verificadas y en parte contrariadas por los hechos. En cuanto a las ideas del Florense sobre la "edad del Espíritu Santo", el Aquinatense se opuso a ellas en diversos momentos de su *curriculum operum*: en primer lugar, al criticar la doctrina trinitaria del Abad calabrés; después, al rechazar sus concepciones sobre la caducidad de la Ley Nueva, sobre el Anticristo y sobre el fin del mundo; y, por último, al desautorizar el método exegético joaquinista, fundado sobre el paralelismo de los dos Testamentos (método concordístico) y sobre la *intellegentia spiritualis* de las Sagradas Escrituras.

Las conclusiones de la encuesta que el autor de esta monografía lleva a cabo, permiten distinguir entre el pensamiento de Joaquín y el de Gerardo; entre la doctrina trinitaria del Abad Florense y las de Pedro Lombardo y de Gilberto Porretano; entre la concepción de la historia joaquinista y la de Tomás; entre el conflicto escatológico y eclesiológico de los años 1254-1256; y, finalmente, entre la eclesiología tomasiana y la del Calabrés.

Esta excelente monografía ha sido fruto de una feliz colaboración: el Prof. Saranyana ha podido incorporar a su obra los resultados obtenidos por las investigaciones de dos de sus colaboradores: el Doctor Calogero había estudiado la vida de Joaquín y la reacción de Santo Tomás frente a la Teología de la Historia joaquinista; y el Dr. Brosa había analizado, por su parte, las doctrinas trinitarias del Abad calabrés y las censuras de que éstas fueron objeto.

Unas pocas erratas de impresión se han escapado a la atención del autor: en la pág. 18, n. 6 debe leerse *Staatsphilosophie*; en la pág. 58, 1.4: *altissimis*; en la pág. 124, n. 303: *par son incipit y le livre refusé*; en la pág. 135, 1.10: *Psalterium*. Asimismo deben corregirse dos detalles históricos: San Buenaventura fue elegido Maestro General el 2 de febrero de 1257 (y no en 1258, como se dice en la pág. 60); igualmente, no existe ningún documento que permita afirmar con certeza que Santo Tomás fuera a Agnani en 1259 (pág. 119).

FERNAND VAN STEENBERGHEN

*Guadalupe: historia, devoción, arte*, dir. por S. GARCÍA y F. TRENADO, Sevilla, 1978, 606 pp., 25 × 18.

J. MONTES BARDO, *Iconografía de Nuestra Señora de Guadalupe, Extremadura*, Sevilla, 1978, 170 pp., 22 × 16.

Asistimos en todas las partes de la Cristiandad a un renacimiento del interés por la religiosidad popular y más en concreto por las manifestaciones del amor del pueblo cristiano a la Madre de Dios, que ha cuajado en los numerosos santuarios marianos, principalmente de Europa y América. En esta línea se inscriben los estudios sobre el arte y las tradiciones marianas que aparecen con frecuencia. Un lugar singular ocupa el Santuario extremeño de Guadalupe. Guadalupe guarda —dice el Cardenal Primado en el prólogo a la primera de estas obras— “el aire, el espíritu de España, católica, pobre, creadora, evangelizadora, misionera”. Y, para dar a conocer mejor ese espíritu, mariano y español, a iniciativa del Monasterio de Guadalupe, Extremadura, se publican estas dos obras.

La primera, como el título marca, tiene tres partes que dan una visión completa de lo que encierra el complejo de monasterio y museo que es Guadalupe. Los investigadores, casi todos franciscanos, han conseguido un trabajo serio, riguroso, con abundante documentación que, en gran parte, se reproduce en apéndices a cada apartado.

En la primera sección de la primera parte se hace una revisión científica de los siete siglos de historia guadalupense: estudio de la leyenda de la aparición de la Virgen, y del primer período de historia, ligada a Alfonso XI y a la batalla del Salado, para pasar luego a estu-